

No uséis vuestra voz
a gemir sobre la corrupción del siglo.
Luchad para hacerlo mejor.

CHANNING

NO HABRA PAZ EN EL MUNDO MIENTRAS NO HAYA LIBERTAD

CUANDO los anarquistas del siglo pasado hablaban de Anarquismo, los adversarios de nuestro ideal se apresuraban a calificarlo de utópico. Lo mismo acontece en nuestros días: cuando de nuestros labios surge la palabra Anarquía el contrincante huele de toda discusión, cubriendo su reticencia con la palabra «utópica».

Quizás tengamos que convenir en que ese concepto, tan profusamente difundido entre las gentes sencillas por las gentes de mala fe, ha creado un obstáculo muy considerable al lógico desenvolvimiento del Anarquismo. Quizás sea necesario pensar que muchos seres no se han interesado por el Anarquismo como consecuencia de esa ola de confusión, de esas encrucijadas, que los prosélitos de la Sociedad actual han tenido especial interés en sembrar por doquier para enturbiar en la mente de las gentes el significado verdadero de las concepciones anarquistas. Quizás muchos libertarios hayamos contribuido a esa confusión por no haber perpetuado nuestro estudio y por no haber profundizado suficientemente en el examen de los ideales que hemos adoptado.

Pero lo cierto es que el desarrollo de los acontecimientos internacionales viene hoy, una vez más, a dar la razón a los anarquistas. Y esos acontecimientos a los que aludimos son precisamente la prueba fehaciente de las realidades críticas que el Anarquismo proclama. NO HABRA PAZ EN EL MUNDO MIENTRAS NO HAYA LIBERTAD.

Los males que engendra la Sociedad actual despuntan, por su virulencia, la guerra; la guerra que todo el mundo odia, que todo ser humano teme, y a la que todo el mundo contribuye aportando su óbolo de una forma o de otra. El que menos, aceptando con pasividad la concentración de nubarrones que precede inevitablemente a la catástrofe tormenta. El que más, propiciando como medida de defensa ante ataques que nada se hace por evitar.

En Anarquismo condena la guerra en todas sus expresiones y en todos sus órdenes: es el solo ideal que no la encuentra excusa ni justificación. Y en el esfuerzo que internacionalmente realiza por evitar la nueva «échale», pone en juego todas sus posibilidades y todas sus fuerzas. «De poco nos serviría», pensará quizás algún lector. Posiblemente, pero lo menos salvaremos nuestra responsabilidad colectiva, de hombres y de militantes del Anarquismo, evitando nuestra confusión con los que, consciente o inconscientemente, forman en las filas propiciadoras de la guerra.

Si de poco nos sirve, será porque la Humanidad sigue debatiéndose mentalmente entre los márgenes de la concepción estatal de la vida, entre las fronteras que la aceptación de la palabra «utópica» aplicada al Anarquismo crea en la mente de los hombres, haciéndoles creer que la Humanidad necesita de pastores: de gobernantes, de soldados y de verdugos.

Lo trágico es que los pueblos, a veces, creen ver su libertad en el fondo de un pozo. Lo trágico es que, queriendo escapar a la opresión del salario, se precipitan en brazos de otra estatalidad más totalitaria, aún en sus consecuencias, sin por ello lograr escapar a la primera.

Cuando en 1917 la revolución rusa puso término al imperio de los zares, el proletariado mundial volvió su vista hacia aquel país abierto a nuevas perspectivas, y depositó no pocas de sus esperanzas en el ensayo «social», cuyos principios creía apreciar. Los resultados han sido el robustecimiento de un zarismo nuevo, que nada cede en ferocidad al viejo y que sigue idéntico camino al que siguieron todos los zares del totalitarismo.

El combate contra la Sociedad capitalista no pudo efectuarse desde una base totalitaria. Las cadenas no se quebraron con cadenas. Por eso los hechos nos dan la razón cuando en la difusión de nuestros ideales proponíamos la abolición del principio de autoridad, de las fronteras, y preconizamos una Sociedad libre sobre la base del libre acuerdo y de la solidaridad.

La lucha contra el capitalismo no debe arrojarnos en brazos del totalitarismo. De la misma manera en que el odio al totalitarismo no nos inducirá a plegar velas en nuestra lucha contra el capitalismo.

EL CRIMEN

por PIO CID

Un misterioso ser ha hablado a mi corazón y yo le he comprendido. He matado a mi hermano y yo quería que el hombre que mata a otro hombre mata a un hermano suyo. (Stefan Zweig. «Los ojos del hermano eterno»).

JUAN llevaba tres meses en campaña. Habían llegado él y sus compañeros, culebreando en tren a través de la llanura, a una estación diminuta medio devorada por la maleza.

La noche la pasaron allí, tumbados sobre las losetas de la sala de espera, cuelvuetos en las mantas y los capotes. Al día siguiente, con la fresca, partieron para el frente...

Tras un día de ataques intermitentes en aquél deserto de polvo y de fuego. Estaba arrinconado en un contrafuerte de la sierra, con la llanura yerna y

rapida desparriándose a sus pies. La veritable que ocupaban estaba carbonizada, condenadas sus piedras por suerte de tajos y escalamientos, que la que la tierra mostraba sus entrañas. Y por encima de sus cabezas, el sol, un sol implacable asestándoles casi de continuo.

Aquella noche el jefe de la tropa mandó doblar la guardia. Cuando viniéron a despartir, Juan dormía arropado en su manta al resuello de la llanura, se levantó, cogió el fusil y, tras cerrar la cartuchera se cubrió con el capote.

El campamento dormía confiado: se apóstol no lejos de allí, tras unas rocas. A través de una hendidura observó, oteó la negrura; trató de acomodarse al amparo de los accidentes del terreno.

Tras un aguado a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo acercó. Le vió pararse bruscamente roto su empuje, doblándose hacia la tierra al busto. Se quedó como un pelele triste.

Los riesgos y peñascos parecían teñirse con los primeros destellos del sol. Juan dió un suspiro de alivio, aparcó la vista de la cresta del monte.

Había comenzado a llover. Ahora el cielo lo desgarraba, le arreglamos la ropa. Y se sintió igual a los otros. Pudo ir a saltar a la cuerda, a jugar al padre y a la madre, pudo reír lo mismo que

ella. La alarma estuvo dada. Ya se había apagado la tropa tras los canchales desprendidos por la ladera de la montaña.

Juan estaba contrajo, presa de una angustia indefinible. Vió avanzar al enemigo, corriendo desplegado en abanico al amparo de los accidentes del terreno.

Con agudo a la muleta lo ac



A Monín le ha dado por cantar:

Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
A un engaño hay otro engaño
A un pícaro otro mayor.



El diario **LLITO**
DE **LLITO**

Lito y la tristeza

HOY ha muerto Abuelita. Hay en la casa un silencio que nunca había conocido y yo mismo, todas las caricias, Y, sin embargo, no llora: ¿también habrá perdido las fuerzas para llorar? No lo sé. Y estoy seguro que Pirulá tampoco sabe.

Es un día aburrido el de hoy. Pero tiene un aburrimiento diferente, que no me hace protestar ni buscar diversiones. Abuelita se ha ido de la casa, se ha ido del barrio, se ha ido de la ciudad; y entonces la casa ha cambiado, porque una casa es, al fin de cuentas, la gente que vive dentro y al marcharse la gente, la casa es otra. Esto lo sé ahora, solamente ahora; nadie me lo ha dicho, pero estoy seguro de ello: y esa es otra de las cosas que me hacen sentir mayor.

Mamá, de repente, se ha levantado de su silla. Va hacia la mesa, arregla las flores que están allí y luego se queda quieto; está de pie, callada, y acaricia las flores. (Nunca se había hecho hasta ahora: no ha perdido entonces las fuerzas para acariciar.)

Voy hacia ella y, al acercarme, me doy cuenta que verdaderamente se ha hecho más pequeña: ahora soy yo el grande, soy yo quien debe cuidarla. Entonces le digo, en voz baja:

—Mamá, ¿estás bien?

Ella hace un movimiento de sorpresa.

—Sí, hija, sí...

—Quieres alguna cosa?

Me mira entonces, como si sintiera que no me hubiera visto, y murmura:

—No, nada.

Se va y que diré, y de pronto se me ocurre preguntar:

—Has llorado mucho?

—No, no mucho—responde suavemente.

Pero veo que ahora está llorando: en silencio, como si tuviera vergüenza de hacer ruido. Entonces me siento seguro de que lo dice:

—No lloro, Mamá. Ya verás que Abuelita volverá, ya verás que charlaremos juntas. Y me reprenderás cuando me porte mal, y nos enfadaremos por mis preguntas tantas... Abuelita volverá, ya verás; quizás regrese esta misma noche.

Pero Mamá sigue llorando. Y viéndola sé que estoy triste, horriblemente triste: ahora comprendo la tristeza.

*

LA SEMANA PRÓXIMA:
LA DESPEDIDA DE LITO.



¿QUÉ ES EL SOL?

A todo señor, todo honor: hablemos de vida, de energía, de calor, de nuestro Sol, dispensador FOTOSFERA—La superficie del Sol está constituida por granos y atópares, y se recubre con una capa de gases, en una mesa, teniendo de trámite en trámite una mancha muy oscura y partes más brillantes: las Fáculas. Esta superficie la que se conoce con el nombre de FOTOSFERA.

LAS MANCHAS—El Sol da vueltas sobre sí mismo. Manchas y fáculas participan del movimiento de rotación. Aparecen al borde, permanecen cerca de quince días visibles y desaparecen en el horizonte occidental, para reaparecer tres días después, y así sucesivamente, según su duración que varía de dos a tres meses. Algunas no subsisten más que algunos días, pero han existido más de un año.

En cierta época, el número de manchas y fáculas es casi grande, notablemente en una zona, llamada red; en otra en cambio el número es casi insignificante. Estos apariencias de actividad máxima y mínima presentan una periodicidad de veintiún años, llamada PERÍODO ULTRACÍCLICO, el cual tiene una estrecha relación con ciertos fenómenos terrestres tales como el magnetismo, auroras polares, y muchos otros que ignoramos.

La observación de las manchas descubre un hecho muy extraordinario, que el Sol no da vueltas por medio de un movimiento uniforme, como el de un cuento, sino que se desplaza en círculo de veintidós a treinta días seguidos, entre el Ecuador o de los polos.

De qué está hecho el Sol? Analizado con el espejo copia, un raro sol revela la presencia de una treintena de elementos que se encuentran en la superficie de la Tierra: sol, fierro, níquel, manganeso, níquel, manganeso, aluminio, cobre, etc. Pueden ser de veintiún años que se encuentran en la Tierra.

EL CUERVO QUE QUERIA IMITAR AL AGUILA

El pájaro de Júpiter (*) se llevaba entre sus garras un cordero. Un cuervo, testigo del hecho, más débil que el águila, pero no menos glotón, quiso en otra ocasión hacer cosa parecida.

Iba revoloteando sobre un rebaño, examinando cuál de los corderos era el más gordo y bonito, y encontró uno que le pareció digno de ser sacrificado.

El gallardo cuervo dijo, clavando la vista:

—No sé quién ha sido tu ama de leche, pero tu cuerpo me parece que está en un estado maravilloso: tú me servirás de pasto.

Se echó sobre el animal, así que hubo acabado estas palabras, con la intención de elevarlo como anteriormente había visto hacer al águila; pero el cordero pesaba más que un queso, y, además, las uñas del cuervo no podían atravesar su lana para llegar a sujetar la carne, pues tenía bastante espesura de vellón y estaba éste tan enredado que parecía la barba de un gigante.

El cuervo hundió tanto como pudo sus uñas en la espesura del vellón, y el cordero, aunque quería, no podía librarse de él.

El pastor, al ver lo que sucedía, corrió hacia allí, y le fué muy fácil coger al cuervo, que llevó luego a su casa y allí le recortó las alas para que sus hijos jugaran con él.

Este cuento nos muestra cómo siempre es conveniente medir las cosas: la consecuencia es clara.

Lo que gallardamente podía hacer el agUILA, provista de su fuerza y de su sagacidad, era ridículo lo que quisiera hacerlo el pobre cuervo.

Cosa parecida pasa entre los hombres: algunos, sin fuerzas ni mericiones suficientes, quieren compararse, jactanciosos, con los sabios de verdad y con los genios.

(*) Así se llama algunas veces al aguila.

Desgraciadamente el espectáculo duró poco, seis minutos cuando mucho:

LA ENERGIA SOLAR.—Tal es el otro duelo de nuestros destinos: globo interestelar, de la cual dependemos, y que es visible sobre todo en el momento de los eclipses totales de Sol, y que se llaman protuberancias.

En fin, arriba de la cromosfera, se encuentra una tercera envoladura, la CORONA, tan grande como el mismo Sol. La CORONA está constituida sobre todo por gases, y que es la que tiene la CROMOSFERA, como hemos dicho antes, es gasosa. El espectáculo que estos dos anillos ofrecen en el momento de eclipses totales de Sol, es de aquellos que siempre maravillan y sorprenden al observador, por las llamas y que pueden ir muy lejos—hasta diez veces el diámetro solar—, formando una especie de aureola.

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...</